



CANCIONES DE ARAUCO, por *Samuel A. Lillo*.—Editorial Nacimiento. Santiago.

Este libro de don Samuel A. Lillo puede ostentar, aparte de cualquiera otra cualidad, una virtud cimera: la de ser una obra representativa de la naturaleza y de la raza chilena. Nadie ha sabido reflejar mejor que él lo más auténticamente característico que hay en nuestras costumbres típicas y pintar con más acierto la belleza de nuestra tierra. Brota de sus estrofas, como de un oculto manantial de ternura, un perfume conocido, que nos hace evocar el campo chileno del sur, con sus bosques húmedos, con sus claros esteros, sus quebradas misteriosas o la ondulante suavidad de los lomajes cubiertos de ricos y frondosos pastizales en primavera y doradas sementeras en el estío.

El caso de Lillo es el hombre que ama y comprende a su tierra, que interpreta a través de su emoción y sentimiento poético. Hay en estas «Canciones de Arauco», un ímpetu lírico que corre como caudalosa corriente entre sus estrofas, exornando de imágenes todo aquello que va describiendo al paso. El paisaje se nos entrega en una visión animada y colorida que comunica al lector una emoción directa, un encanto rudo y agreste, en que también se hace presente el viento austral con su sinfonía salvaje entre la maraña de selva, y ese rumor de orquestación que tiene algo de ensueño y majestad a la vez. ¿Quién podrá olvidar esa maravillosa descripción que el poeta hace de las tierras de «la frontera», vista con los ojos del alma? ¿Quién puede decir que no está en los versos que siguen esa sutil tristeza del paisaje del sur, cuando la transparencia y la claridad han sido veladas por unas nubes que empuja un viento impaciente?

«Pardeca de lejos la viña en la falda  
cual mancha de siena en el verde esmeralda;  
sus troncos torcidos  
parecen enormes reptiles dormidos.  
Abajo en el valle, sombríos y mudos,  
los álamos alzan sus brazos desnudos,  
y sobre los bordes de los canalones  
inclinan su frente los sauces llorones.  
Tan sólo interrumpen la gama sombría  
en aquella tarde desolada y fría,  
tras de los tapiales, con su surco color  
los grandes manchones de aromos en flor.

Hay una sencillez de encantamiento. Una magia de pictórica poesía, que nos permite sentir el leve aroma de esos aromos en flor que ponen su nota delicada en medio del paisaje, para anunciar la primavera que viene por los caminos rústicos con sus pies que dejan huellas de aromas y sonrisa de flores. Es éste el arte del poeta, que sabe hacer sugerir, que nos toca muy adentro, en los rincones más íntimos de la sensibilidad, para hacernos soñar. El poeta es en esos casos como Aladino con su lámpara maravillosa, nos transporta y nos conmueve. Nos lleva a los sitios en que fuimos dichosos, nos hace jóvenes, por el milagro de una palabra, o nos emociona haciendo asombrar a nuestros ojos una lágrima que es como un diamante, en que se funde todo nuestro enternecido gozo.

Una quinta edición, llevan con ésta que comentamos, las «Canciones de Arauco» de don Samuel Lillo. En este país en donde se lee tan poco, en donde sólo ahora, recién, los niños de las escuelas y liceos comienzan a saber que en Chile hay escritores chilenos, éste es un triunfo enorme, que Lillo por la alta calidad de su poesía, y por la bondad de su alma de hombre, merece ampliamente.

En sus estrofas vemos a ese Chile, sanote y risueño en la

paz, y audaz y decidido en las duras contiendas. El Chile que se alimentaba bien y estaba dispuesto siempre a cantar su alegría y su salud. Que tenía un alma transparente y dichosa. Y Lillo al cantar esa etapa fuerte y luminosa de la vida chilena, es también como un claro símbolo de esa época que comenzamos a evocar con un poco de secreta nostalgia.—LUIS DURAND.



VIENTO VERDE, relatos de *Hernán del Solar*.—Ed. Ercilla. Santiago, 1940.

Conocíamos a Hernán del Solar, como fino catador de valores literarios, sobrio, medido y certero en sus juicios. Este «Viento Verde», que acaba de lanzar a la circulación la Editorial Ercilla viene, pues, a ser su debut en el arte de la creación literaria, en las que confirma sus condiciones de excelente prosista y de hombre de decidido buen gusto. El volumen que comentamos contiene siete relatos, escritos en un tono tranquilo, sin exaltación y que no obstante consigue sugerir en la sensibilidad del lector el recóndito encanto de aquellas cosas que quedan en la penumbra hábilmente insinuadas, en el curso del relato, y a las cuales el autor no quiso agregarles el detalle concreto y preciso que distingue al escritor que va derechamente al objetivo.

Hernán del Solar es un poeta. Un halo sutil de ensueño flota sobre sus páginas. A ratos da la sensación del desencanto que experimenta anticipadamente el hombre a quien no interesa mayormente el resultado que pueda tener un incidente, frente al cual lo pone la vida. Sus narraciones surgen de su mundo interior, no precisamente de una realidad netamente objetiva. En el «Viento Verde», que es el relato que le da el título al libro, lo demuestra claramente. La realidad la extrae